

AMIGOS Y MAESTROS

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, VIAJERO

Embajada a Tamorlán como tema de tesis doctoral, un asunto al que volvió de continuo a lo largo de su provechosa vida.

Primero fue el desbarajuste de la inmediata Posguerra y luego el horror de la Segunda Guerra Mundial; para colmo, vino la cerrazón de la URSS. Parecía imposible cumplir un sueño: el de volver por los pasos de Ruy González de Clavijo y visitar el vasto territorio en que se encuentran Asia y Europa, habitado por escitas, tártaros, mongoles, alanos, sármatas y no sé cuántos pueblos más. Por allí anduvieron también Alejandro Magno, Marco Polo y un puñado de misioneros franciscanos que llegaron hasta el mar de China. En ese tiempo, en que el viaje suponía toda una aventura, don Francisco sintió la llamada de Oriente, que pronto desembocó en la característica maurofilia, artística y literaria, de los andaluces, casado como estaba con una antequerana y cómodamente establecido en la cátedra de Sevilla.

Como un nuevo Jean de Mandeville, durante décadas don Francisco se conformó con un viaje imaginario: novelas y películas de aventuras, grabados de David Roberts y otros artistas, y mapas, muchos mapas. La espina estaba clavada, y se la quitó a su modo, con viajes a Marruecos y Oriente Medio, con investigaciones abundantes y sesudas sobre la novela y el romancero morisco, o con su importante aproximación a la literatura de frontera, durante la Reconquista, que aglutina varios poemas épicos inadvertidos por la mayor parte de la crítica. Y, por fin, poco antes de caer el telón de acero, llegó la anhelada visita a Samarkanda. ¡Lástima que no haya encontrado una sola foto de ese viaje entre las montañas de álbumes de su casa! Por fortuna, tengo algo absolutamente original que ofrecerles: una instantánea de 1951, correspondiente a su estancia en el Marruecos español, en que don Francisco viste la chilaba de los naturales de aquella tierra. ■



Venecia, 1980

Fuente: *ehumanista*. Volume 16, 2010

LÓPEZ ESTRADA: OFICIO DE MAESTRO

JAVIER HUERTA CALVO
Universidad Complutense

Iba a cumplir en unos días los 92 años. Hasta hace no tanto tiempo había mantenido una actividad increíble para su edad: visitaba con mucha frecuencia la Biblioteca de la Facultad, solía pasar por mi despacho a charlar sobre las últimas novedades, a proponerme la publicación de un artículo, de una reseña; sobre todo, de reseñas, como si quisiera terminar su vida en el punto en que la había comenzado, es decir, comentando libros para la Revista de Filología Española. Se daba cuenta de que sus fuerzas ya no estaban para el vuelo largo del artículo de fondo, de que la memoria le iba fallando. Y es que siempre supo aplicar la racionalidad, su buen seny de catalán a cuanto hizo en la vida, en la profesión. También,

por supuesto, entre otras virtudes, la humildad. Tan modesto era que, ostentando ya la condición de emérito, no le importó sustituir en clase a los profesores que habíamos sido ayudantes suyos.

Parece ser que un día cualquiera se levantó, desayunó frugal, y, contra lo que era su costumbre, no quiso entrar a trabajar en su despacho. Pasó de largo por aquel refugio de su casa donde apenas cabía más

alma que la suya: las estanterías atestadas de libros, los ficheros rebosantes, los archivadores, la mesa con el ordenador, pues a pesar de su edad don Francisco López Estrada —a diferencia de tanto joven profesor

antiguo— no había querido perder el tren del progreso, aunque muy a menudo tuviera que luchar denodada, casi desesperadamente, contra la máquina.

Aquello resultaba hartamente extraño, pero tras una noche, que debió ser muy larga, había olvidado todos sus compromisos con la filología, con la literatura; había olvidado, incluso, terminar la reseña que me había prometido unas semanas antes. A partir de entonces dejó de telefonarme y empezó su lento morir en vida. Observaba perplejo por qué su casa estaba tan llena de libros, qué hacían allí tantas tesinas y tesis doctorales. De vez en cuando tomaba un libro, lo ojeaba un buen rato y terminaba colocándolo al azar, en un lugar que no era el suyo, rompiendo el orden que tan a rajatabla había guardado siempre.

Llevaba —que se dice pronto— casi setenta años de intenso bregar en la universidad española, en muchas universidades extranjeras, en las bibliotecas de medio mundo, intentando ser fiel a su máxima predilecta: *nulla dies sine linea*. Después de haber hecho el primer aprendizaje junto a sus maestros José

F. Montesinos y Dámaso Alonso, había conseguido muy joven la cátedra de Literatura española en la Universidad de La Laguna, y muy poco después la de Sevilla, para concluir su vida académica en la Complutense de Madrid. Fue en la segunda

Llevaba casi setenta años de intenso bregar en la universidad española [...]

donde hizo un mayor número de discípulos: Francisco Márquez Villanueva, Rogelio Reyes Cano, Begoña López Bueno, Piedad Bolaños, Pedro Piñero, Mercedes de los Reyes...¹ Es también la universidad que más y mejor reconoció sus esfuerzos y sus méritos por haber sabido crear una escuela, un modo de trabajar, por haber sabido infundir, en fin, un estilo universitario, aunque siempre —de acuerdo con el impresionante verso de la *Epístola moral a Fabio*— “común y moderado, / que no le note nadie que le vea”.

Hace unos cuatro años nos citó a Ángel Gómez Moreno y a mí en un restaurante cercano a su casa. Quería dejarnos unos folios que acababa de escribir y que no trataban de ningún libro de viajes, ni de ninguna novela pastoril, ni de su admirado Juan Ramón; por primera y única vez en su vida, trataban de él mismo. Era, en efecto, una pequeña autobiografía, a la que había puesto el escueto título de *Contar una vida*. Quería pedirnos consejo sobre el lugar donde publicarla. En seguida Ángel y yo pensamos en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, cuyas páginas siempre hemos tenido abiertas gracias a la generosidad de su director, el querido colega y amigo Amancio Labandeira. A Ángel y a mí nos pareció oportuno acompañar aquel

escrito de don Francisco —una suerte de testamento intelectual— con una Bibliografía total de su obra, precedida de un estudio crítico, que titulamos “Retrato y semblanza de un claro varón”. Consta la Bibliografía de 534 testigos, de los cuales casi setenta corresponden a libros y ediciones. No hay —creo— entre los de su generación, un caso semejante de tamaña fecundidad creadora.

Pero no se trata sólo de cifras. López Estrada fue capaz de levantar una obra tan exigente como original. Su *Introducción a la literatura medieval española* fue durante mucho tiempo guía obligada para los estudiantes y estudiosos de la Filología hispánica, y aún debiera serlo en tiempos como los que corren de tanta confusión y relativismo hermenéutico. Fue precursor en el estudio de la literatura de viajes, con su temprana edición de la *Embajada a Tamorlán*, de Ruy González de Clavijo, libro que le acompañaría siempre desde su publicación en el CSIC el año 1943 hasta su reedición en Clásicos Castalia (1999) y su versión modernizada de 2004. Don Francisco no hizo nunca ascos a esta labor divulgadora, pues pensaba que el filólogo tenía una importante función social que cumplir. Así lo demuestra la edición, también modernizada, que hiciera del *Poema del Cid*, merced a la cual tantísimos estudiantes extranjeros se iniciaron en nuestra literatura.

Aun cuando su metodología fuera deudora del positivismo de Menéndez Pidal y de la estilística de Dámaso Alonso, la mentalidad de López Estrada estuvo siempre receptiva a las modernas corrientes de la crítica. Lo atestiguan su extensa reseña del *Essai de Poétique médiévale*, de Paul Zumthor, la mirada formalista y neoestructuralista desde la que contemplaba el fenómeno de los grupos genéricos —como gustaba decir— en la Edad Media —así, por caso, el del inexistente *mester de clerecía*, para él *poesía clerical* sin más— y, desde luego, sus clases, en cuya programación contaba siempre con la por entonces tan de moda sociología de Escarpit, la semiótica de Umberto Eco, la estética de la recepción, etc. Convencido de que al texto se le empieza a disfrutar por el texto mismo y no por grandilocuentes interpretaciones extraliterarias, mostraba con precisión de matemático las herramientas básicas del análisis filológico: la ecdótica, la retórica, la métrica...

Estrada fue capaz de levantar una obra tan exigente como original.

[...] mostraba con precisión de matemático las herramientas básicas del análisis filológico [...]

¹ Entre sus discípulos complutenses debo citar, aparte de Ángel Gómez Moreno, a Ana Vián, Víctor Infantes y Soledad Arredondo.

A menudo se demoraba complacido en el comentario de una palabra, un verso, una estrofa.

Fue maestro en su modo de considerar la historia literaria no como una sucesión de compartimentos estancos, tan del gusto de los especialistas con anteojeras, sino en cuanto un *continuum* difícil de parcelar. De ahí que a su condición de medievalista uniera su interés por los siglos de oro, en cuya literatura de naturaleza idealista exploró como nadie lo había hecho hasta entonces. Fueron los por él llamados libros de pastores —que no novelas pastoriles— los que centraron su atención más constante: *La Galatea*, de Cervantes, la *Diana*, de Montemayor, la *Diana enamorada*, de Gil Polo... Como él mismo reconocería, el empuje para asomarse a esta literatura le vino dado por su primera vocación de ingeniero agrónomo. Aun cuando don Francisco tenía verdadero cariño por estos libros, no dejaba de reconocer lo aburridos y pesados que resultaban en ocasiones para el lector profano, incluso —¿por qué no decirlo?— también para el especialista. Por eso, no le importó que yo eligiera como tesis doctoral un tema que estaba a años luz de aquel mundo: el teatro cómico breve. Es más, de inmediato me confesó que, para aliviar el tedio de las muchas horas pasadas en la Biblioteca Nacional leyendo arcadias, di-

A la literatura bucólica hay que añadir sus estudios sobre los libros de aventuras griegas y, sobre todo, los de tema morisco [...]

nas y galateas, pedía de cuando en cuando uno de esos tomitos en octavo de entremeses, bailes y mojigangas.

A la literatura bucólica hay que añadir sus estudios sobre los libros de aventuras griegas y, sobre todo, los de

tema morisco: su edición para bibliófilos del *Inventario*, de Villegas, la extraordinaria de *El abencerraje y la hermosa Jarifa*, de hace ya muchos años, la más popular para Cátedra, o las manifestaciones epigonales de Ginés de Campillo y sus derivaciones teatrales, así la comedia de Lope, *El remedio en la desdicha*.

Capítulo aparte lo constituye su dedicación a Tomás Moro y su presencia en España. En pocos temas se le vio trabajar más a gusto. La figura de Moro, cuyo retrato era uno de los pocos que adornaban las paredes de su despacho, representaba para él el modelo de humanista cristiano: un intelectual comprometido con su circunstancia desde un sentido ético insobornable que habría de pagar con la muerte. La penetración de su obra cumbre en España —la *Utopía*— le llevó muchas horas de trabajo, que culminarían en otro de sus libros favoritos para quien firma estas líneas: *Tomás Moro y España*. Como escribíamos Gómez Moreno y yo en el mencionado artículo, es “un libro que, de haber contado con más materia prima, hubiera sido análogo al *Erasmus y España*, de Bataillon”.

Pero don Francisco no era un investigador anclado en el pasado. Siempre entendió que el crítico debía estar próximo a su tiempo. Su perfecto conocimiento de la literatura medieval lo impulsó a explorar sus derivaciones en el Simbolismo a través de la corriente prerrafaelita. Fruto de esa indagación fueron sus libros *Rubén Darío y la Edad Media* y *Los “Primitivos” de Manuel y Antonio Machado*. En la valoración del Modernismo hispano ofreció, asimismo, una interpretación contracorriente del absurdo maniqueísmo que enfrentaba a modernistas y noventayochistas, de acuerdo con las ideas de su muy admirado Juan Ramón Jiménez, a quien también dedicó numerosas páginas.

Después, Baroja, Azorín, Dámaso Alonso, Salinas, Cernuda, Guillén, Blas de Otero, Muñoz Rojas, García Baena, Laffón, Julia Uceda, Cózar, Antonio Gala... La lista de autores y obras estudiados por López Estrada es interminable. Si la vida cultural española guardara la proporción debida, esto es, el equilibrio suficiente para distinguir las voces de los ecos, las verdaderas figuras de los figurones, a estas alturas ya estaría en marcha la edición de sus Obras completas. Sería el mejor modo de que su ejemplo de gran profesor e investigador siguiera vivo en las nuevas generaciones. En repetidas ocasiones hemos señalado la injusta falta de reconocimientos oficiales que tuvo en España y que contrastaba con los muchos honores recibidos en el extranjero. El fracaso con que, a principios de los años 80, se saldó su candidatura a la Real Academia Española fue muy elocuente de la escasa habilidad de López Estrada para moverse entre bastidores de la alta y baja política de pasillos y covachuelas. Aquél fue, sin duda, un varapalo inmerecido, pero el maestro pasó página en seguida, y tuvo la gallardía de no volver a postularse para el sillón académico.

Hace poco oíamos decir a Fernando Arrabal —otra gran figura de nuestras letras al que la *intelligentsia* oficial ignora— que, a la altura de su vida, había terminado por valorar más en las personas la bondad que la inteligencia. Y es que, en efecto, don Francisco no era sólo un sabio erudito y un riguroso y ejemplar profesor: era también y, por encima de todo, una buena persona, una gran persona, un caballero, en el más noble y menos tópico sentido de la palabra. En los más de treinta años de colaboración, a veces muy estrecha, con él, jamás le oí un mal comentario sobre ningún colega. Si acaso, un gesto de desesperación ante la irritante incompetencia de algún torpe subordinado que le había caído en suerte al llegar a la Complutense. Pero el gesto nunca abocaba en la ira; tras él afloraba siempre una sonrisa comprensiva, si acaso irónica.

En julio de 2008 la Asociación de Profesores de Español, con motivo de su IX Simposio General, rindió un homenaje a López Estrada en Toledo. A los organizadores —Francisco Crosas, Juan Carlos Pantoja—, que amablemente nos habían invitado a Ángel Gómez Moreno

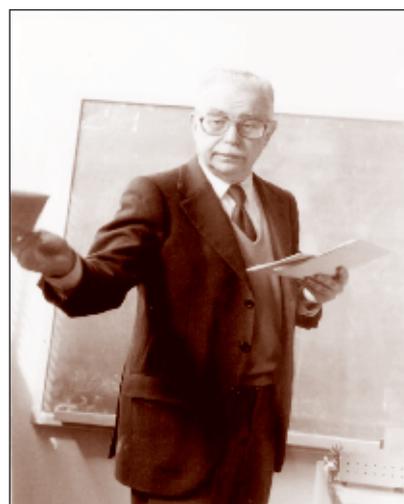
AMIGOS Y MAESTROS

LÓPEZ ESTRADA: OFICIO DE MAESTRO

y a mí, les habíamos advertido de que las facultades de don Francisco estaban ya muy mermadas y de que, por tanto, lo más adecuado era celebrar un acto sencillo y rápido, en el que se le excusara dirigir unas palabras que pudieran ponerle en evidencia. Pues bien, ese día vimos a don Francisco más despierto que de costumbre. Parecía ilusionado, feliz ante tanto profesor de enseñanza media como lo saludaba con respeto y admiración. Examinaba curioso los libros y las revistas de un expositor que había a la entrada del simposio. Ya en el acto siguió muy concentrado las distintas intervenciones, entre ellas la *laudatio* que le había sido encomendada a Gómez Moreno. Al terminar ésta, don Francisco se levantó, se acercó al micrófono y, ante nuestra sorpresa, pues creíamos que no iba a ser capaz de articular un discurso medianamente coherente, tomó la palabra –“¿cómo no voy a decir nada después de lo que se ha dicho de mí?”– y habló no más de cinco minutos con portentosa lucidez. Aquel pequeño *speech* concluyó con una frase que guardo en la memoria: “Lo que he hecho a lo largo de estos años no tiene mérito alguno. Explicando literatura española no he intentado otra cosa que explicarme a mí mismo. Muchas gracias”. El auditorio prorrumpió entonces en una cerrada ovación. Recordé entonces haberle escuchado a don Rafael Lapesa –gran amigo de López Estrada, uno de los pocos académicos que apoyó su frustrada candidatura a la RAE– decir algo similar en un acto en que el profesor y entonces alcalde de Madrid don Enrique Tierno Galván lo definió como un gran héroe cívico de nuestro tiempo: “Toda la vida no he hecho sino comentar textos”. ¿Cabe mayor laconismo y sencillez al resumir unas trayectorias académicas de ese calado?

La enseñanza fue el santo y seña de la actividad de don Francisco. Aun cuando la investigación era su pan nuestro de cada día, siempre tuvo clara que la verdadera misión que lo justificaba era la docente. De hecho, no son pocos los antiguos alumnos suyos que, al conocer la noticia de su muerte, me han escrito para indicarme la huella profunda que les dejó su magisterio en las aulas. “Enseñar literatura –escribe López Estrada– es sugerir medios a los alumnos para que ellos lean en profundidad. Así los profesores preparamos al estudiante para que llegue a ser un lector excepcional (o sea, por encima del rasero del común de los lectores), para que pueda leer una obra gozando de ella, y, al mismo tiempo, percibiendo su composición, la relación con otras del mismo género, los influjos que presenta en la historia general del hecho literario, etc.”

La frase está sacada de *Contar una vida*, el artículo casi póstumo al que ya me he referido y del que extraijo una última cita, pues me interesa que los lectores de este artículo se queden con el buen sabor de la palabra de don Francisco López Estrada, para nosotros no sólo un maestro a quien deberemos gratitud de por vida, sino también y sobre todo un amigo inolvidable:



Universidad Complutense, 1980
Fuente: *humanista*. Volume 16, 2010

Mirando hacia atrás, creo que la variedad de mi obra no es tan dispersa como parece. Aquí he querido mostrar su diversidad, en lo que cabe. Sus raíces forman parte de una labor de filólogo en una época de transición como fue la mía, una especie de puente desde la década de los treinta hasta el fin de siglo. Ya se vio que la nuestra fue una época de frustraciones y rehabilitaciones sucesivas. En el caso mío, de agrónomo que no entró en la Escuela a profesor de literatura, de escritor en ciernes a crítico e investigador de esas mismas Letras y su historia. Me siento justificado en lo que he hecho, si fui un tanto inquieto. Soy hasta cierto punto comparable a un clérigo medieval. Me sentí más clérigo que juglar [...], el mismo personaje que estuvo en el origen de nuestras universidades, herederas directas de una vieja institución que aún sobrevive en beneficio de todos. Me honro en haber sido un miembro más de ella, a la medida del tiempo que me tocó vivir. ■

Referencias bibliográficas

- ◆ GÓMEZ MORENO, Ángel y HUERTA CALVO, Javier, “Retrato y semblanza de un claro varón”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 32 (2007), pp.39-83.
- ◆ LÓPEZ ESTRADA, Francisco, “Contar una vida”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 32 (2007), pp.15-37.
- ◆ REYES CANO, Rogelio, REYES PEÑA, Mercedes de los y WAGNER, Klaus, ed., Sevilla y la literatura. *Homenaje al profesor Francisco López Estrada en su 80 cumpleaños*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 2001.